



*No pido riquezas, ni esperanzas, ni amor,
ni un amigo que me comprenda;
todo lo que pido es el cielo sobre mí y un camino a mis pies.¹*

CAPÍTULO I

**Abril de 1870. Dunoon, Escocia.
18 años antes del primer asesinato.**

Un día intenso, exprimido desde el alba. Su maltrecha salud había decidido darle una tregua de una semana. Y semejante bendición no solía ni debía ser desaprovechada. También el clima quiso aportar su granito de arena. La noche anterior lucieron la luna y una miríada de estrellas sobre un manto de negritud absoluta, lo cual presagiaba que al día siguiente la pertinaz lluvia, casi perenne, que riega el verdor de las Highlands, se tomaría el día libre.

Tras un copioso desayuno, y mientras en la cocina del hotel en el que se hospedaba seguían sus instrucciones preparando la comida que iba a llevar en su paseo, salió a la calle a beberse el olor a mar que acompañaba siempre a todos los habitantes de Dunoon. Era tan denso que casi podía paladearse. Cerró los ojos y durante unos agradecidos minutos pudo, sin romper a toser, inspirar profundo.

¹ Frase atribuida a Stevenson.

En pocas ocasiones antes había podido andar tanto. Fue un día sin fiebre, sin cansancio, sin sensación de ahogo. Un día en que se creyó capaz de todo. Un día inolvidable.

Atravesó un denso bosque de robles, abetos, pinos y alerces. Perdió la cuenta de los vetustos puentes de madera de los que se sirvió para cruzar brillantes arroyos. Desconocía cómo se llamaban las aves que le acompañaban, sorprendiéndose de su diversidad. Pudo intuir algún animal que observaba desde la espesura, aunque no sintió miedo sino una indescriptible, por lo inusual, sensación de estar vivo. A veces la tupida vegetación se acababa de repente y ante su mirada surgían praderas infinitas. Bebió cuando tuvo sed, comió cuando tuvo hambre, descansó cuando lo necesitó y fue feliz.

Varios diques de piedra precedieron a una pendiente muy pronunciada que dudó ascender. Además, llevaba ya un rato pensando en regresar. Sin embargo algo le animó a seguir subiendo la cuesta por un sinuoso sendero y no se arrepintió porque al término de la misma pudo contemplar una esplendorosa vista del estuario del río Clyde y los lagos Eck y Holy. Aquella inmensidad se grabó en su retina para siempre. Horas después, al atardecer, descansando en su habitación, tumbado en la cama, era capaz de visualizar todas las tonalidades cerúleas del cielo, el mar y los lagos. Era capaz de sentir el aliento de la brisa en su piel. Y era capaz de recordar la prodigiosa sensación de libertad, a la que no estaba acostumbrado. Poco después se quedó dormido.

Tras levantarse, cenó y decidió visitar la taberna más conocida de la ciudad para tomar una copa. Era su última noche en Dunoon, debía acudir a la universidad para continuar con sus estudios de ingeniería náutica con los que perpetuar la saga familiar que comenzara su bisabuelo Thomas Smith. Tras él vino su abuelo Robert Stevenson y sus tíos Alan y David, así como sus primos David Alan y Charles Alexander e incluso un familiar en segundo grado de consanguinidad. Todos ellos eran ingenieros y constructores de faros. Aunque quien decretó, sin posibilidad de oposición alguna, que él también

debía serlo, fue Thomas, su padre. Durante su adolescencia lo llevó consigo en sus frecuentes viajes en barco. Todo ello alentó sus ansias aventureras, acrecentó su gusto por viajar, originó su amor por el mar y espoleó su imaginación. Pero nunca fomentó el deseo de ejercer la misma profesión que su progenitor. El hecho añadido de ser hijo único atormentaba a su padre y suponía para él una presión intolerable de la que no tardaría en desembarazarse.

Paseaba ordenando en su cabeza los preparativos para los días siguientes, en un estado tal de ensimismamiento que no percibió cómo una sombra se acercaba desde la otra acera. Se hizo visible cuando la luz de la farola más cercana impactó de lleno en su cuerpo.

–Buenas noches, joven –saludó. Y se quedó parada enfrente, mirándole fijamente e impidiendo que prosiguiera su camino. Una mujer muy mayor, de rostro sembrado de arrugas, con una voz que no correspondía ni a su edad ni a su físico y vestuario. La primera era envolvente y cautivadora, con una perfecta dicción y un tono aterciopelado, aunque escondida en un cuerpo contrahecho y encorvado, oculto por ropajes sucios y deshilachados.

–Buenas noches, sin duda –contestó con educación; acto seguido, algo incómodo, intentó esquivarla para seguir su camino.

La mujer se movió más rápido de lo que cabría prever y volvió a impedirle el paso sin dejar de escrutarle con su penetrante mirada.

–Dame unos minutos y te leeré tu futuro.

Sin previo consentimiento secuestró su delgada mano y, durante los segundos que él tardó en reaccionar, exploró cada pliegue y cada detalle como si del mapa de un tesoro se tratara. Entonces su dueño la recuperó de un tirón y tras conseguir sortearla comenzó a andar presuroso. Apenas había completado unos pasos cuando oyó a aquella voz afirmar con inquietante serenidad:

–Serás un escritor famoso.

La sorpresa fue inconmensurable. Su cuerpo se paralizó como si se hubiera convertido en una réplica en piedra. Comenzó a girarse y contempló a la mujer, que ni siquiera se había dado la vuelta para observarle; seguía en la misma posición que cuando asió su mano.

Hacía cuatro años que su padre, desconocedor de la verdadera vocación de su hijo, y por tanto ignorando que estaba fomentándola en contra de su deseo de que fuera ingeniero, permitió que se publicara su primer libro. Tenía entonces dieciséis años y lo único que alegraba su enfermiza vida era escribir. Aquel primer producto de su imaginación adolecía de escaso valor literario y no habría sido publicado si Thomas no se hubiera comprometido con la editorial a comprar los ejemplares que acabarían olvidados en los estantes de las librerías. Aquella anciana no podía saber nada de aquello. Y, sin embargo, acababa de vaticinar que lo que más ansiaba en el mundo se iba a hacer realidad.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Me conoces, acaso? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo sólo digo lo que pone en tu mano, y tras muchos años vividos y muchas manos descifradas, te aseguro que la tuya es tan clara como el agua de un lago en las montañas.

Sigilosa se dio la vuelta y extendió sus manos sarmentosas con las palmas hacia arriba. Él depositó la suya entre ellas, preso de la curiosidad. La mujer se tomó su tiempo, sabedora de que ahora nadie iba a huir de ella. Escudriñó su mano, aunque en realidad parecía estar leyendo su alma. Se reafirmó en lo que vio la primera vez y descubrió algún detalle que antes le había pasado desapercibido.

—Viajarás alrededor del mundo..., recorrerás Estados Unidos y los mares del Sur..., encontrarás el amor..., pero no tendrás hijos... —una sombra de duda surcó el rostro de la pitonisa, la línea de la vida se truncaba de forma prematura amenazada por un peligro que incluso causó que se estremeciera; pero como albergaba la certeza de que su poseedor quería saberlo todo, continuó— y la muerte te arrebatará de tus seres queridos pronto, demasiado pronto.



El joven notó cómo flojeaban sus piernas y cómo, a pesar de la humedad de la noche, el sudor aparecía en su frente; así y todo deseaba saber si la primera predicción no había sido precipitada y se lo hizo saber a la enigmática mujer.

—Nunca afirmo algo si no estoy segura por completo, y lo que dije fue lo primero que vi, no sólo en tu mano, sino también en tus ojos. Escribirás grandes libros y serás admirado por ello durante muchos, muchos años.

Fueron las últimas palabras de la anciana. Tras ellas le soltó la mano dejando a su poseedor sin capacidad de reacción. Siguió su camino sin esperar ninguna propina, nunca lo hacía cuando daba noticias tan graves. El joven creía lo que había escuchado y saber todo aquello le produjo una apremiante sensación de vértigo. Tuvo que apoyarse en una farola para no caerse y fueron necesarios unos minutos para recobrar la serenidad. Sólo entonces pudo continuar su camino. Ya no se veía a la anciana, ya no se escuchaban siquiera sus pasos, aunque su voz resonaba con la misma textura en su cabeza.

Sin duda aquél fue un día intenso. Expresado hasta el ocaso. Un día que no olvidaría y que estaría a la altura de muchas de las historias inmortales que aquel joven, llamado Robert Louis Stevenson, escribiría y contaría jamás.



CAPÍTULO II

Una noche de agosto de 1888. Londres.

Los constantes goterones de lluvia no cesaban de salpicar contra el suelo. Caían a plomo por la ausencia de viento alguno que modificase su trayectoria. Esta circunstancia favorecía que la figura apoyada contra la barandilla del muelle estuviera protegida por entero bajo el ancho paraguas que llevaba.

Era un hombre alto y fuerte. Vestido con un caro y grueso abrigo negro con el que guarecerse del frío húmedo de Londres. A falta de bufanda, llevaba las solapas levantadas cubriéndole la parte inferior del rostro. Por encima asomaba una ancha nariz, casi sin relieve por la rotura que del tabique nasal sufriera años antes jugando al *rugby* en la universidad. Sus ojos color castaño eran inteligentes, vivaces e insondables, confiriendo a su mirada seguridad, empatía y un aura de misterio. Poseía una negra cabellera, que lucía un impecable corte de pelo. Y la frente estaba surcada, desde hacía tres años, por una cicatriz larga pero superficial.

En aquel preciso momento en que aún no había anochecido, observaba con incredulidad el estado de las obras de lo que seis años después sería conocido como Tower Bridge. Los dos pilares de hormigón que debían soportar el peso de todo el conjunto eran gigantescos, hercúleos. Sobre ellos ya estaban levantados los esqueletos en acero de las dos torres, que en un día como aquel, azotados por la lluvia en medio de la neblina,

mostraban cierto aire fantasmagórico. Aunque su mente estaba dotada para muchas cosas, la construcción no era una de ellas y contemplaba atónito las dos es invertidas y cómo poco a poco se iba creando la pasarela metálica que iba a unir las dos atalayas en su punto más alto. Habían empezado desde cada una de ellas para acabar uniéndolas en el centro y no alcanzaba a entender cómo era posible que aquella estructura desmesurada aguantase sin derrumbarse. Tras ver el diseño definitivo cuatro años antes, vaticinó que tantas toneladas de acero, granito de Cornualles y piedra de Portland, se hundirían sin remedio en las aguas del Támesis.

Aborrecía la corrupción institucional y no le extrañaría que fuera cierto el rumor que circulaba por Londres de que el arquitecto municipal Horace Jones, que había ganado el concurso para la elección del diseño, hubiera formado parte del comité que eligió su propio proyecto. Conocía a un ingeniero que había diseñado una de las restantes ideas presentadas, que brindó con champán cuando Jones murió el año anterior.

Permaneció casi inmóvil durante un buen rato hasta que, sin razón aparente, se dio la vuelta y se alejó del muelle en dirección a su casa. Por encima de los tejados el cielo se había teñido de púrpura, como consecuencia de un incendio en el norte de la ciudad.

Quienes la conocían casi nunca la llamaban por el nombre con el que la bautizaron años después de nacer. Y ella lo prefería. Le gustaba más Polly. Y era más fácil de recordar para sus clientes, algunos de los cuales volvían por ser una mujer de buen ver, a pesar de su edad y sus cinco embarazos.

Tenía diecinueve años cuando se casó. Dos años después, en el 66, tuvo a su primer hijo varón, Edward John. Henry Alfred, el quinto y último nacería trece años después del primero. La relación con su marido fue como el clima de las islas británicas: fría y tormentosa. Constantes separaciones marcaron una relación de amor y odio que el hartazgo había agotado siete años

atrás. Sin recursos y con una incipiente propensión a la bebida, comenzó una retahíla de andanzas de hospicio en hospicio, los cuales la llevaron a las tinieblas del distrito, el más mísero y detestable de todo Londres.

En él la marginalidad lo envolvía todo. Las calles estaban siempre sucias, la mugre se multiplicaba día a día, había momentos en que el hedor era insoportable. Todo el que habitaba en el barrio sufría dificultades económicas casi insalvables. La pobreza, en algunos casos extrema, llevaba a las mujeres a vender lo único que tenían: su cuerpo. Las peleas y los ajustes de cuentas eran frecuentes, la presencia de la policía escasa y, cuando existía, laxa hasta la desesperación.

Aquellos años Polly adquirió todo lo malo del lugar. No tuvo ninguna oportunidad. Se vio abocada al alcohol y a la prostitución. Había noches que la encontraban dormida al raso, envuelta en su propio vómito. Alquilaba su sexo en plena calle por dos o tres peniques con los que poder comprar un vaso de ginebra. Era un auténtico milagro que, a pesar de todo, el deterioro físico fuera escaso, por lo que todo el mundo le calculaba incluso diez años menos de los que contaba.

Polly salió de la habitación que compartía con otras cuatro mujeres en el 18 de Thrawl Street en torno a las once de la noche. Se dirigió a la calle principal del suburbio a la caza de algún alma tan ensombrecida como la suya. La lluvia no era un buen aliado y pocas personas se aventuraban a deambular en una noche tan desapacible.

Llegó a casa con el paraguas empapado. Al desprenderse del abrigo dejó al descubierto una mandíbula cuadrada y prominente de luchador así como unos labios finos y rectos. Al quitarse los guantes surgieron unas manos grandes y fuertes. No tenía hambre, así que no cenó. El día había sido duro. Por eso cuando acabó la jornada de trabajo se impuso un paseo para despejarse y lo hizo a pesar de que la lluvia y el frío no invitaban a darlo.

Desde que tuvo uso de razón siempre quiso ser médico. Se crio en Limehouse, un barrio obrero al norte del Támesis. Y cuando en ocasiones, junto con sus amigos, participaba en alguna contienda contra un barrio enemigo, como Wapping, Bow o Whitechapel, él era siempre el que curaba, con mucha imaginación y pocos medios, las heridas de sus compañeros. A veces, en secreto, incluso las de los adversarios. Algunas de ellas producidas con verdadero encono y sorpresa por él mismo. Su padre trabajaba en uno de los hornos de cal que caracterizaban aquella parte de la industrial metrópoli. Y ése habría sido su destino si su tío no se hubiera percatado de lo buen estudiante que era. El hermano de su madre, soltero y con una posición económica muy desahogada, fruto de sus negocios, siempre se preocupó por su sobrino y pagó sus estudios de medicina en la universidad, esfuerzo económico fuera del alcance de sus voluntariosos padres. En cuanto se licenció, comenzó a trabajar. Poco tiempo después, las llamas devoraron el edificio en el que vivían, atrapando dentro a sus padres, lo cual le obligó a buscar un apartamento de alquiler fuera de aquel barrio marginal en el que pasó su infancia y su juventud. Fue la primera ocasión en la que intuyó que algo no funcionaba bien en su interior: cuando recibió la noticia, no sintió nada.

Como médico era bueno, muy bueno. Y no tardó en acumular el suficiente prestigio como para abrir una clínica propia en una de las calles principales. Sus pacientes eran miembros de la burguesía londinense y podían pagar sus elevados honorarios.

Los negocios de su tío comenzaron a ir de mal en peor. La Larga Depresión, como así se llamó, que minaba la economía del Reino Unido desde 1873, alcanzó con sus tentáculos a sus empresas y de la noche a la mañana emigró a Argelia, donde se decía que estaba todo por hacer y donde, por tanto, podía volver a levantar un pequeño imperio. Salvo una carta que mandó nada más llegar a África, su sobrino no volvió a saber nunca más de él.

El día había sido una jornada de frustración absoluta, y le parecía imposible que algo pudiera salir bien. Realizó una pequeña intervención practicada decenas de veces y que casi podía

hacer con los ojos vendados y se complicó de manera notable siendo incierta la evolución en los días siguientes. Atendió a varios pacientes disgustados porque habían seguido sus tratamientos y no mejoraban. Y por añadidura tuvo que confesar a un par de ellos que iba a estudiar sus casos en profundidad pues reconocía no saber cuál era con exactitud el mal que les aquejaba. Rara vez le pasaba nada igual. Disfrutaba con su trabajo, pero estaba tan acostumbrado a los éxitos que le consumía la rabia provocada por aquellos fracasos inusuales.

El paseo bajo la lluvia apenas le había relajado. Sabía a ciencia cierta que en ese estado le sería imposible conciliar el sueño; a pesar de ser un poco tarde, cogió el violín, lo apoyó en su cuello y con queda sutileza acarició sus cuerdas con el arco. Algunos días era capaz de estar horas tocando, pero no aguantó más que unos minutos. Eligió un libro de la biblioteca y se dispuso a leerlo bajo la claridad de una lámpara; al poco rato lo abandonó, no conseguía concentrarse. Ya había experimentado esa sensación en más ocasiones, ahora la padecía con más fuerza. Y, como también sabía, iría creciendo veloz en el reloj pero despacio, con un pulso de vals mórbido, en el interior de su cabeza. Las primeras ocasiones en las que notó su presencia, se sorprendió de su violencia, similar a un animal salvaje encerrado que, aprovechando una ocasión, escapa y busca desesperado, ansioso, su comida. Así que se centró en lo que venía, en lo que parecía surgir en su pecho, en su abdomen, abotargamiento de sensaciones y prístina visión de su entorno. Su cabeza y su cara pesaban, le sobrevino un fuerte mareo que le obligó a pegarse a la pared como una rata acosada. Allí estaba, ya venía, martilleando sin tregua su cerebro; pensaba dominarlo pero aquella vez no escaparía. ¿Cómo evadirse de esta mezcla de rabia, de impulso caníbal, de sus manos enrojecidas y su cara pegajosa? Una punzada justo encima del estómago le hizo estirarse y doblarse y apretar los puños contra ese punto. El calor invadía su cara, empapaba sin prisa su frente y el torbellino lo tragó. Las imágenes se trasladaron detrás de sus ojos, se escaparon en un vórtice negro y sinuoso, caras, gestos, gritos y oscuridad. Silencio. Un río negro y

espeso. Un despertar doloroso, aunque sereno. La cabeza dejó de torturarlo, la respiración y el pulso se normalizaron y todo su ser se dejó arrastrar a una calma absoluta. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, sentía que aquel paroxismo le había cambiado por completo. Sus ojos enrojecidos y la mirada afilada, que ya no reconocía como suya, indescriptible y aterradora. No dudó ni un instante, con una fría determinación volvió a abrigarse y salió de casa.

Antes de salir guardó en el bolsillo interior del gabán un largo cuchillo.

A las dos y media de la madrugada, Polly ya estaba muy borracha, tanto que no reparó en una de sus compañeras de habitación, que volvía de hacer una morbosa visita al incendio de Shadwell Dry Dock.

—Dios santo, Polly, ¿no sabes quién soy?

Los ojos vidriosos de Polly palparon en la oscuridad de la noche para ver quién le hablaba, y cuando reconoció a su compañera explotó en una carcajada estridente.

—¡Maldita noche de perros!... No ha parado de llover... y aún no he encontrado a ningún hijo de mala madre... que haya querido darse un revolcón conmigo —exclamó, a duras penas, apoyada en la pared para no desmoronarse.

—Ven a casa conmigo. Ya es muy tarde y lo único que vas a encontrar es una pulmonía.

Negó con la cabeza. Su compañera se aferró a su brazo. Cuando comenzó a andar, Polly reunió sus pocas fuerzas para soltarse.

—Te he dicho que no, desgraciada..., he ganado tres veces el dinero del alquiler..., pero me lo he gastado todo en bebida..., necesito recuperar algo.

En efecto, a media noche Polly había acudido a un tugurio de mala muerte en el que los pobres desventurados del barrio y algún visitante de los alrededores se jugaban cada día en partidas miserables el poco dinero del que disponían. Aquella noche tuvo

suerte por partida doble, en poco tiempo ganó lo suficiente y además no la atracaron para robárselo, pero el buen criterio que tuvo retirándose lo perdió visitando otros antros nauseabundos donde se atiborró de ginebra.

—Haz lo que quieras, luego no vengas a llorarme, estoy harta de soportarte —se quejó su compañera mientras se alejaba.

Polly siguió su camino restregándose por las paredes, incapaz de mantenerse en pie ella sola. La lluvia había amainado, aunque el frío se había recrudecido y el apestoso aliento de Polly se transformaba en una nube blanca al ser exhalado. La luz de las farolas era insuficiente para alumbrar toda la calle y el cielo, asaltado por nubes, estaba por completo apagado.

A la altura de Buck's Row se detuvo. Las fuerzas le fallaron de pronto y se quedó en cuclillas. Tras unos minutos que se hicieron eternos, y cuando estaba a punto de quedarse dormida, oyó pasos por su derecha. Levantó la cabeza y al fondo de la calle distinguió una figura acercándose como a cámara lenta. Su instinto le dijo que su suerte volvía a cambiar, quien se acercaba no era un vagabundo, sus ropajes eran caros y su apariencia acaudalada. Con esfuerzo consiguió ponerse en pie y esperó a que llegara a su altura.

—Hola, cariño,... ¿quieres venirte conmigo? —susurró lo más zalamera que pudo.

El individuo la miró con fría curiosidad, sin contestar. Polly se acercó más a él y consiguió aferrarse antes de caer. El desconocido era alto y Polly apenas superaba el metro y medio. Levantó la cabeza, intentando sobreponerse a la borrachera, e hizo un mohín con los labios justo antes de que un eructo estallara desde lo más hondo de sus entrañas. El hombre la separó con agresividad. Le dio un golpe en la cara. Polly no lo vio venir, salió despedida cayendo al suelo como un fardo. Entonces él se acercó y la levantó en volandas. Demasiado ebria, Polly no llegó a sentir miedo, aunque sí era consciente de que corría peligro, por lo que intentó zafarse. Estaba bien agarrada y la diferencia de fuerza era abismal. El hombre se puso a su espalda y la sujetó por la frente como una prensa. Ella creyó que la cabeza iba a

reventar cuando sintió el filo de un cuchillo en el cuello, justo debajo de la oreja izquierda. El terror la invadió, abrió la boca para gritar, no llegó a tiempo y el cuchillo seccionó con violencia todos los tejidos, vasos sanguíneos y cuerdas vocales hasta llegar a las vértebras. Cuando la soltó, el cuerpo se desplomó sin vida. La giró para ponerla boca arriba y se sentó a horcajadas sobre sus rodillas. Cortó los ropajes con el cuchillo y pudo contemplar la blanca desnudez de su abdomen. Por primera vez perdió los nervios y realizó, dudando, varias incisiones impetuosas desde arriba hacia abajo, comenzando por la izquierda. Como si no supiese qué debía hacer, se frenó y observó la carnicería que había perpetrado. Guardó el cuchillo y se incorporó de un salto, lleno de horror.

Cuando se alejaba, un nuevo incendio se había declarado en el otro extremo de la ciudad. Todo era rojo, el cielo, sus manos, sus pensamientos. Al pasar por debajo de una farola, se iluminó su rostro lo suficiente como para que fueran visibles pequeñas gotas de sangre perlado la cicatriz de su frente.